

The background features a blurred image of a clock face with numbers 11 and 12 visible. In the foreground, there is a black silhouette of a muscular man running towards the right. The overall color palette is dominated by blues and greys, with a dark area at the bottom.

**NO HAY
VUELTA
ATRÁS**
(DEL INFIERNO)

Eduardo Arias

Sinopsis:

No hay vuelta atrás (del infierno) es la historia de un hombre sin nombre, un policía apátrida infiltrado en una unidad especial que, sin saber ni cómo ni cuándo, parece haber cabreado a mucha gente. Un inesperado ultimátum le sumerge de lleno en una carrera contrarreloj en la que deberá conseguir devolverle una importante suma de dinero a un capo mafioso o atenerse a las consecuencias.

Relatada en primera persona, con un estilo sarcástico y rompiendo reiteradamente la cuarta pared, la novela nos lleva de un lado para otro, pasando por ciudades como Londres o Edimburgo, en un auténtico torbellino de sospechas, traiciones, amor, odio, persecuciones, disparos y muertes, muchas muertes. Todo ello con incesantes guiños a la cultura pop (Tarantino, Guy Ritchie, David Bowie, Foo Fighters...).

¿Será el protagonista capaz de desenmarañar todo el enredo y salir indemne? Sólo lo sabrás leyendo esta novela. Y es que, como él mismo relata, las cosas nunca salen como uno prevé.

No hay vuelta atrás (del infierno)

Eduardo Arias

Copyright © 2016 Eduardo Arias

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación del autor o son usados ficticiamente. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Para Sonia, por todo

I

Psicópata desalmado... o gajes del oficio

«Bares, qué lugares
tan gratos para conversar.
No hay como el calor del amor en un bar.»
Al calor del amor en un bar (Gabinete Caligari)

—ENTENDIDO. AHORA mismo me pongo con ello.

—Y procura no cagarla esta vez.

—Descuida.

Jodido mamón. Colgué el teléfono acordándome de la madre de aquel gilipollas y conduje todo lo rápido que pude. Estaba acostumbrado a aquel tipo de encargos y sabía que cuanto antes llegase, antes terminaba y antes cobraba. La dirección no me era desconocida. Un bareto de mala muerte en la periferia de la ciudad. La descripción era somera pero suficiente: un tío alto, con la cabeza rapada y una cicatriz que le atravesaba toda la mejilla izquierda. No tenía pérdida.

Era viernes y el local estaba bastante lleno, lo cual era bueno y malo. Malo porque podía costarme localizar al tipo; bueno porque luego sería fácil esfumarme sin que nadie reparase en mí. Me acerqué a la barra y pedí un *whisky*. Tomé un sorbo y miré discretamente a ambos lados. Me giré y me quedé sentado de medio lado mirando al infinito. Dejé que pasasen unos minutos mientras observaba de refilón a la gente que entraba y salía. Estaba valorando pedir una segunda copa cuando le vi. El tío era más grande de lo

que yo pensaba. Me acerqué mirándole directamente a los ojos, de forma desafiante. Captó el mensaje y me espetó el clásico:

—¿Tú qué miras?

—¿Es a mí?

—No, a tu padre si te parece.

—No quiero problemas.

—Pues parece lo contrario.

Me empujó, echándome ligeramente hacia atrás. Yo no quería montar la típica escena de película del oeste, así que me marché del bar sin responder a los insultos que me dedicaba. A la puerta del local me puse a contar mentalmente hasta diez mientras cogía la gran mojadura porque estaba lloviendo a cántaros. No había llegado al siete cuando el calvo de la cicatriz apareció por la puerta. Mi plan había funcionado.

—Te decía —dijo levantando la voz innecesariamente, pues éramos las dos únicas personas allí fuera— que si buscas problemas.

Estuve tentado de responderle que sí, que eso era justo lo que andaba buscando y que resolviésemos aquello como hombres. Sin embargo, permanecí mudo. Me cogió por las solapas sin saber la que se le venía encima. Le pegué una patada en los genitales. Lo sé, estarán pensando que ésa no es manera de comportarse, que es un acto artero y ruin, que los hombres de verdad se pelean a puñetazos y todo eso. Cuestión de opiniones.

El caso es que le di otro par de patadas, en la boca del estómago y en la otra boca, la de los dientes. Después lo metí en el maletero de mi coche con algo de dificultad, todo hay que decirlo, porque el tío debía andar por los cien kilos. Conduje hasta un descampado y le di la mayor paliza que le hubiesen dado nunca. Para terminar le metí tres tiros entre pecho y espalda. Una vez muerto, me afané en desmembrarlo, tal cual me habían pedido. Le separé los brazos y las piernas con la ayuda de unos afiladísimos cuchillos

muy parecidos a los que usa el carnicero de su supermercado. Menudo psicópata estás hecho, estarán pensando. Podría decirles que me limito a cumplir con los encargos... pero mentiría. Mato por encargo, las palizas las doy por placer. Lo primero me reporta unos cuantiosos ingresos, digamos que es una forma de ganarse la vida como otra cualquiera. Lo segundo... en fin, ya les iré contando.

El teléfono comenzó a vibrar. Qué oportuno.

—¿Sí?

—¿Puedes hablar?

—Sí, dime.

—Creo que sospechan algo. Tienes que andar con cuidado.

—¿Crees o sabes?

—John me ha dicho que creen que hay alguien infiltrado, no ha salido explícitamente tu nombre, pero eres el que más papeletas tiene.

—Conforme. Procuraré estar alerta.

—Ya hablamos.

Colgué sin despedirme. De todas maneras, mi compañero estaba acostumbrado a mi brusquedad. Formaba parte de mi papel. Los polis infiltrados nunca descansamos.

II

La opción número 2

«Me gustan los problemas,
no existe otra explicación.»
Dulce condena (Los Rodríguez)

LA NOCHE HABÍA sido larga y dura y me había ganado unas horas de tranquilidad. O eso pensaba. Tengo teléfono fijo pero como si no. Sólo lo uso en contadas ocasiones y la gente que lo conoce se cuenta con los dedos de una mano. Si alguien tiene que ponerse en contacto conmigo, una de tres: o bien me llama al móvil, o me deja un mensaje por Internet, o sabe dónde encontrarme. La tercera opción es la menos deseable, sin duda, pues de lo contrario mi tapadera se resentiría. Estaba cansado y me acosté sin poner el móvil en modo avión. Craso error. A las tres y cuarto de la mañana una llamada me sacó de un sueño muy refrescante en el que salía Scarlett Johansson y... bueno, supongo que se imaginan el resto. Número desconocido.

—¿Diga?

—Vamos a por ti. Estás jodido.

Una voz de hombre, muy grave, posiblemente de mediana edad.

—¿Quién es?

—Procura mirar por encima de tu hombro. El día menos pensado... ¡zas!

Antes de que tuviese opción a la réplica colgaron. Es curioso cómo el cerebro humano asocia ideas, el caso es que apenas pegué ojo el resto de la noche y encima no podía de dejar de tararear internamente el *Over my shoulder* de

Paul Carrack. Me levanté con la boca seca, un regustillo amargo en el paladar y de un humor de perros.

Por lo general, no solía inmutarme por las amenazas gratuitas que recibía en mi trabajo... pero mi compañero me había puesto sobre aviso y, sólo unas horas después, un desconocido me llamaba a deshora para tratar de meterme el miedo en el cuerpo.

Lo paradójico es que realmente no estaba asustado, sólo cabreado. No me habían dejado dormir y eso era algo que no solía sentarme muy bien. Me tomé mi tiempo bajo la ducha mientras trataba de ordenar mis ideas. Pensé en llamar a mi jefe para ver si ya estaba al tanto del éxito de mi trabajito de anoche. Lo pensé mejor y decidí esperar a verlos, era el protocolo habitual.

Tras vestirme, desayunar y meter la pistola bajo la cintura, cogí el coche y conduje hasta La Fábrica. En realidad, hacía bastantes años que no era una fábrica, pero todo el mundo se refería a ella así y ¿quién era yo para cambiarle el nombre? Entré por la puerta de atrás y saludé a Tony y Manny. Consulté mi Rolex de imitación.

—¿No ha venido aún Tyler?

—No, pero te ha dejado un sobre —dijo Tony, un mexicano mal encarado, de melena oscura y con la cara picada de viruela, y que siempre me había recordado bastante a Danny Trejo—. En la oficina.

Fui a la oficina y saludé a Forrest, que estaba con la vista fija en una pantalla de ordenador donde unas chicas semidesnudas bailaban al ritmo de una música latina que me desagradaba en grado extremo. Forrest no era hispano, aunque también tenía cara de malas pulgas. Bueno, en realidad allí todos la tenían y, de no ser así, disimulabas para poder formar parte de la banda sin desentonar.

—Me ha dicho Tony que Tyler ha dejado algo para mí.

Levantó la vista de la pantalla, cogió un sobre de encima de la mesa y me lo pasó. Después volvió a concentrarse en las chicas despelotadas.

—Gracias —dije más por costumbre que a propósito. La buena educación allí solía estar de más.

Abrí el sobre: aparte del dinero acordado, había una carta. La leí. Joder, se avecinaban problemas. La carta me daba dos alternativas. La primera era aceptar la *sugerencia* de mi jefe y hacer como —más adelante volveré a este punto— *aparentemente* había hecho él: mandarlo todo al carajo, desaparecer, huir y comenzar de cero en cualquier otra ciudad de cualquier otro país y evitar meterme en jaleos. Evidentemente, como se pueden imaginar, escogí la opción dos.

Salí de La Fábrica sin despedirme de nadie. Tampoco me hacía falta: yo era, a todos los efectos, el número dos de la organización. Tres largos años como agente encubierto me habían permitido ir subiendo en el escalafón y allí, en ausencia de Tyler, se hacía básicamente lo que yo quería. Tampoco es que fuese el más popular del lugar, pero lo de jugar a dos bandas, o incluso a tres (pero eso ahora mismo no viene al caso), suele traer aparejadas estas cosas. Puede que no me respetasen en el sentido estricto de la palabra, pero me tenían un miedo atroz porque sabían de lo que era capaz. Lo que me planteaba una inquietante duda: si mi jefe se había marchado por piernas, ¿por qué narices allí estaban todos tan tranquilos? Algo olía muy mal pero aún no sabía a qué me enfrentaba.

Me dirigí a la dirección que me había pasado hacía meses mi compañero, ¿o había sido mi otro jefe? Bueno, es igual, el caso es que aparqué a unos cien metros de la casa. Realmente no era una casa, sino un pedazo de mansión. Allí vivía el Ruso, un tipo muy poco recomendable. Dejé la pistola en la guantera del coche y me apeé. Me planté ante la verja y toqué el timbre.

Llegaron un par de dóbermans y un par de matones. Se distinguían porque los primeros tenían las orejas más puntiagudas.

—¿Qué coño quieres? —me dijo uno. De los matones, no de los dóbermans.

—Quiero ver a Dimitri.

El Ruso no era ruso, sino de Georgia, y no se llamaba Dimitri sino una cosa mucho más rara que nunca fui capaz de pronunciar. Sólo había hablado con él dos veces, ambas en fiestas nocturnas en las que él era asiduo. Oficialmente se dedicaba al noble arte del contrabando de armas, aunque se rumoreaba que también estaba metido en el narcotráfico y la trata de blancas. A mí sólo me interesaba lo primero.

—Sabes que no se llama Dimitri —replicó enfurecido el matón— y no quiere verte ni a ti ni a nadie. Está muy ocupado.

—Ya sabes quién soy. Dile de mi parte que deje a las fulanas para luego y me deje pasar. Tengo cosas importantes que hablar con él. Negocios, ya sabes.

Lo importante a la hora de tratar con altos capos de cualquier tipo de mafia era echarle narices al asunto. Por dentro podías estar todo lo acojonado que quisieras, siempre y cuando supieses disimular. De lo contrario, podías darte por muerto.

—Espera aquí —gruñó el portavoz. El mudo se quedó junto a los perros mientras el locuaz se alejaba unos metros y avisaba por el móvil a su patrón.

Ataron a los perros y me dejaron pasar, me cachearon para asegurarse de que no llevaba armas ocultas y me escoltaron todo el camino desde el jardín hasta la entrada de la casa. Me hicieron detenerme al borde de la piscina y estuve un par de minutos esperando a que saliese el Ruso, mientras mentalmente valoraba planes de escape que me permitiesen noquear a los dos matones, despojarles de sus pistolas y salir con vida de allí. Casi todas mis opciones pasaban por empujar a uno de ellos a la piscina y luego lidiar con el otro. No era un plan muy halagüeño, ciertamente.

—¿Tú? —resopló indignado el Ruso mientras se ataba la bata—. Pensaba que vendría Tyler.

—Me temo que él no puede ocuparse de este tema en estos momentos —contesté por ganar tiempo.

En balde. El Ruso hizo un gesto tan sutil como si chasquease los dedos y los dos gorilas se abalanzaron sobre mí. El hablador no pegaba muy duro, pero el mudo sí. Vaya que sí. Mientras trataba de zafarme de sus puñetazos y arremetía contra ellos con mis puños y rodillas, llegaron otros tres o cuatro matones. Entre todos me redujeron sin esfuerzo. Me sujetaron por brazos y piernas y se fueron turnando para propinarme patadas y puñetazos. Me dieron tal paliza que perdí el sentido.

III

El Ruso

«Le haré una oferta que no podrá rechazar.»

El Padrino

EL RUSO TENÍA unos cincuenta años, mal llevados, fruto sin duda de los excesos a los que se llevaba sometiendo durante gran parte de su vida. El pelo le había comenzado a escasear por la frente, pero lo llevaba bastante largo por los lados y por detrás, todo ello coloreado por unas canas que no se molestaba en teñir. Era relativamente alto, aunque algo más bajo que yo, y debía pesar perfectamente unos noventa y cinco kilos.

—Joder, aún sigues aquí —dije envalentonándome sin venir a cuento porque la verdad es que me dolía todo el cuerpo—. Pensaba que sólo formabas parte de una pesadilla.

—Déjate de gilipolleces y escúchame bien. Tus amigos —se refería con toda seguridad a la gente de La Fábrica— te han dejado con el culo al aire por lo que veo. Tienes veinticuatro horas para devolverme mi dinero.

No era una amenaza, era una promesa. Le dije la verdad:

—No tengo ni idea de qué dinero me estás hablando.

Hizo un gesto para que sus matones, que seguían rodeándome, se me acercaran más con intenciones que podríamos tildar de deshonestas.

—Espera, espera —dije con un tono que confiaba en que no sonase a súplica—, de verdad no sé de qué me hablas. ¿Te refieres a algún negocio tuyo con La Fábrica?

Vi en sus fríos ojos negros que me creía.

—Me refiero al dinero que Tyler me debe y, dado que él está ilocalizable y tú has tenido la gentileza de venir a visitarme, creo que debes saber bien de lo que hablo.

—No lo sé, te lo juro. Dime de qué se trata y te lo conseguiré.

Esto sí que sonaba a súplica pero, háganse cargo de la situación, me habían partido la cara, sangraba al menos por una ceja y un labio, y me dolían los brazos, las piernas y el estómago. No estaba en condiciones de tratar de enfrentarme al Ruso y sus cinco matones de nuevo.

Vio el miedo en mis ojos y, sin embargo, no decidió que sus hombres me volviesen a reventar a golpes, sino que me lo explicó, bastante por alto, pero lo suficiente como para que yo me enterase del asunto. La cosa pintaba francamente mal. Tenía veinticuatro horas para recuperar un dinero procedente del tráfico de armas y de drogas que yo *no* tenía, que *no* sabía dónde estaba y que, presuntamente, se había llevado mi jefe, a quien también le había perdido la pista. Pero no iban a acabar ahí los problemas, no señor.